

La Oquedad De Los Brocca



CAIN PRESS

El contenido de este libro solo podrá ser reproducido, total o parcialmente, con el previo permiso del editor o autor.

Un proyecto de
© José Antonio Covo Meisel

Esta publicación hace parte de AÚN 44
Salón Nacional de Artistas, proyecto del
Ministerio de Cultura y la Alcaldía de
Pereira.



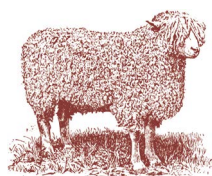
© Primera Edición Septiembre 2016

Diseño y Diagramación
Toquica Estudio de Diseño
toquica.com
cainpress.com

ISBN: 978-958-46-9528-4

Impreso en Colombia
Septiembre 2016





La Oquedad De Los Brocca

José Antonio Covo Meisel

Hay un abismo dentro de todos,
hay un abismo dentro de todo.

Hay un sismo en el abismo, hay un sismo en sí mismo.
Hay un sí mismo que es un sismo, hay un sismo espejismo.

1

Estaba ~~muriendo~~ durmiendo plácidamente, descansando la cabeza sobre mi *mousepad*, cuando mi campo perceptual fue invadido de manera fulmínea por un estado de alerta superlativa, obedeciendo, pronto lo descubrí, a un torrente tórrido de café que bajaba por mi espalda. Tras una expresión involuntaria de dolor, sorpresa y enojo, circundé visualmente el entorno inmediato, buscando al responsable, pero no vi a nadie. Vacilé un momento, juzgando la posibilidad de enjuiciar mi cordura, y entonces se asomó, sobre la división prefabricada de mi cubículo, una figura demasiado cercana: era Annie, quien se disculpó profusamente, explicando que había tropezado y que la taza de café había salido disparada en mi dirección.

Fui complaciente con su excusa, sobre todo porque secó mi camisa con servilletas y, al concluir, dijo:

—Siento haberte calentado, Johnsito. —Y me miró con una expresión de complicidad, lo cual punteó con un guiño. ¡Un guiño! Yo no estuve en condiciones de responder nada hasta mucho después de que se hubo ido.

∴

Esa noche no pude ~~morir~~ dormir: no paraba de pensar en la forma en la que Annie me miró. ¿Por qué confundo el sueño con la muerte? ¿Por qué necesito sentirme visto de cierta manera para sentirme bien? ¿Y por qué no me siento medianamente contento y satisfecho con una mirada, sino que desarrollo rápidamente una euforia vertiginosa que solo se disipa cuando confirmo que la mirada no quiso decir nada, de nuevo?

De cualquier manera, tenía que llegar un poco temprano al trabajo y quedarme hasta tarde: había unos reportes TPS que debía terminar: quería quedar bien con mi jefe: tenía una sospecha —justificada, pensaba— de que yo podría ser promovido al cargo del viejo que estaba por jubilarse: había especulación al respecto alrededor de la cafetera, y varios empleados decían que yo podría estar alineado para el trabajo.

En el camino al trabajo escuché un *podcast* sobre las ideas de David Icke. Su teoría de que el mundo es gobernado por un séquito de reptilianos transdimensionales, entre los que se cuentan la mayor parte de los políticos y monarcas, provee un pábulo que es de alguna manera esencial para mí. Siento que ese tipo de ideas, decididamente descabelladas, contienen un núcleo de verdad incorruptible, de alguna manera. No sé explicarlo, pero el hecho de que sus ideas sean imposibles de verificar o refutar las convierten en verdades, en tanto que mucha gente decide (¿?) creerlas. Es un lunático inteligente, eso está claro. Todas esas teorías de conspiración son como la religión de los paranoicos: les da un orden a sus vidas y mentes caóticas. Yo no creo en nada de eso, eso es de paranoicos. Tendría que ser paranoico o loco para creer esas locuras paranoides. Yo no creo en esas locuras, para nada, yo no estoy loco.

Fui por café a media mañana y ahí estaba Annie Petricor. La saludé y me saludó, depositando deliciosamente su mano sobre mi antebrazo. Casi suelto la taza de ~~cagué~~ café. Sí, me caga del susto la interacción con Annie. Con las mujeres en general, de hecho. Como que son de otro planeta, o algo. Parece que sus cuerpos hubieran sido diseñados para hacer cortocircuito al circuito del placer: lo percibo como demasiado, el placer que me causan las mujeres. Annie tiene una ligera ~~mamá~~ fama de promiscua. No puedo decir que no me molesta un poco, pero no disminuye mi gusto por su presencia. Aunque sí obliga la pregunta: ¿Si es promiscua por qué no me ha hecho avances? La verdad es que me cuesta mucho trabajo interpretar eso del “avance”. A veces pienso, por como me mira y se ríe de mis chistes torpes, que quiere succionar vigorosamente mi pene, ante lo cual, declaro, no protestaría demasiado, o para nada, aunque tal vez me incomode el estado de articulación intersubjetiva en el que habitaré después de contraer una “deuda” tan seria como la succión penil. Es decir, ¿tendré que casarme con ella? ¿Tendré que tener hijos con ella? ¿Tendré que pasar todo el tiempo con ella, ceder terreno con respecto a mi voluntad frente a ella? Sí, es verdad, me gusta, me encanta Annie, pero no sé si estoy preparado para enfrentarme a ese apocalipsis. De todas formas, es bonito tener un poco de motivación para ir al trabajo: los breves momentos,

las miradas, los ligeros contactos físicos, como la mano en mi antebrazo, que casi hacen que valga la pena ir a interpretar documentos y producir nuevos documentos basados en esas interpretaciones, los cuales a su vez serán interpretados por otra persona y así, infinitamente, con el fin de acumular esa substancia elusiva llamada capital en las manos de los dueños de la empresa. Tendré que conceder, a su vez, que es verdaderamente patético perdonarle al trabajo su naturaleza explotadora con tal de que el empleado pueda suplir mínima e insatisfactoriamente un instinto fundamental, a saber, el de la cópula, o más aún, una mera relación intersubjetiva. Yo seré el primero en conceder, también, que Annie es un lugar vacío ocupado transitoriamente por ese cuerpo lleno de mierda en los intestinos y en la cabeza: podría ser cualquier mujer de alguna belleza que demuestre el más mínimo interés en mí.

...

La siguiente noche ~~morí~~ dormí demasiado. Llegué unos veinte minutos tarde al trabajo, donde me esperaba mi jefe para recibir los reportes TPS que le debía. Mi tardanza pareció molestarle menos de lo que yo esperaba, o tal vez no lo notó y pensó que venía de dejar algún documento en otro piso, y pensé que había quedado eximido de la común reprimenda, ligera pero dolorosa, hasta que percibí un olor dulce/acre y escuché una voz detrás de mí, que claramente tenía la intención de atravesarme como una lanza alevosa y depositarse dulcemente en el oído de mi jefe:

—Como Brocca llegó tarde, me tomé la libertad de recoger sus reportes, jefe.

Me volteé, sin reconocer la voz, pero reconociendo plenamente mis intenciones abstractas de violencia abstracta.

—Gracias —dijo el señor Gómez —¿Y usted cómo se llama?

—Wolbachia, señor Gómez. David Wolbachia. Empecé hoy.

—Usted parece un hombre astuto, Wolbachia —respondió Gómez —. Empezó bien.

El jefe se fue y quedamos Wolbachia y yo frente a frente, como en un duelo de vaqueros. ¿Quién desenfundaría primero? Inhalé sonoramente, muestra indiscutible de dominio masculino, y él sonrió, muestra indiscutible de sorna retadora, indicándome que no se sintió amenazado por mí. Le sonreí de vuelta, lo cual inmediatamente me pareció patético de mi

parte, como utilizando su mismo dispositivo social, aceptando la injuria, no como lo que hizo él al cambiar de registro y tono, así que pensé en detener la sonrisa, pero ya estaba en acción, y sentí que la portaba como una máscara, ya no me pertenecía, no representaba mis intenciones, pero ¿sería extraño cambiarla súbitamente por una expresión de enfado? ¿Qué tal si lo insultaba verbalmente, para dejarnos de sutilezas? Ah, pensé por reflejo, pero el ámbito de la sutileza es tal vez el menos sutil, en cuanto es el más efectivo, argumenté: cuando descendemos al fondo fangoso de la confrontación directa, paramos de ser humanos, en el sentido que el humano habita la esfera de lo social, lo institucional, y cuando se suspende ese orden, la violencia física está a un tirar de piedra. Entonces me di cuenta de que ya no estaba sonriendo; no estaba seguro de qué expresión tenía, pero me resolví por asestarle un irónico “buen trabajo”:

—Buen trazo.

—¿Qué?—respondió Wolbachia, genuinamente confundido.

—Trabajo; buen trabajo. —Ya no salió con ironía punzante sino con franqueza avergonzada, y un dejo de derrota.

—Sí, tú también —dijo con una risita pícaro. Se volteó y se fue a su cubículo, dos cubículos más cerca al ascensor que el mío.

...

¿Se mueve el mundo o se mueve la mente?

¿Encontraste tus palabras, letraherido?

Eres un forajido del sentido: te busca vivo o muerto.

Tienes suerte de que exista el paso

en falso. ¿De lo contrario cómo

te esquivarías a ti mismo?

¿De lo contrario cómo te

encontrarías a ti mismo?

¿De lo contrario cómo te

aniquilarías?

¿Se mueve el mundo o se mueve la mente?

La mente es un puente que se cae de repente.

De pronto piensas, ¿de qué están hechos los accidentes?

De pronto causas más de lo que piensas.

Las pautas de los protocolos de comunicación se inventan con cada iteración.

...

Más tarde ese mismo día le pregunté a Ramsés sobre este tipo Wolbachia. (Ramsés es probablemente el amigo más cercano que tengo, pero esa cercanía está obstaculizada por su insufrible dedicación al dios cristiano. Somos amigos y colegas desde antes de su conversión religiosa, y supongo que soy el único amigo que conservó de sus días de vida mundana (alcohol, putas); ahora está dedicado insufriblemente al trabajo, la iglesia, y su esposa y sus tres o cuatro hijos). Ramsés se limitó a decir que parece responsable; está bien peinado y usa una colonia apropiada para el trabajo. Justo esas cosas son las que me parecen vomitivas del tipo; como que se esfuerza demasiado en habitar el lugar vacío del empleado.

Fui por café y en el lugar de la cafetera estaban, entre otras pocas personas, Wolbachia y Annie, y estaban ~~asando~~ hablando. ¿Asando qué? A veces no entiendo estos pasos en falso que da mi mente. A mí me gusta el pollo asado. Las mujeres parecen pollos asados cuando las penetran, y el pene sería en esta metáfora el travesañ metálico en el que van ensartados múltiples cadáveres de gallinas desplumadas y sazonadas, y dan vueltas como en una atracción mecánica, dan vueltas y vueltas los cuerpos de las mujeres sobre los penes como lanzas amorosas que copulan el tejido social y biológico, el orden de la vida, la manera de vivir, la cultura, todo empieza con un travesañ que encaja placenteramente en una ranura. ¡Qué desgracia! Annie y Wolbachia van a empezar un nuevo mundo y yo voy a quedar por fuera, olvidado y solo, como el último dodo, un animal de apariencia cómica e inverosímil, un paso en falso de la selección natural, y todo porque no sé coquetear.

Me acerqué a servirme café y escuché furtivamente la conversación de Annie y Wolbachia:

—Jaja, pero solo a veces —decía ella.

—Eres una chica mala —dijo él.

—¿Me vas a castigar?

—Me va a tocar enseñarte una lección, niña.

Su primer día y ya había llegado más lejos con la chica que me gusta que yo en los dos años de trabajar ahí. Más lejos en lenguaje, por lo menos, pero es que las palabras son como

tentáculos que tantean el lugar del deseo antes que las manos. Los tentáculos lingüísticos de Wolbachia penetraban a Annie de manera incomprensible e irreproducible por mí, y supe que tenía que hacer algo, ¿pero qué? ¿Asestarle un puño sorpresa a Wolbachia? ¿Interrumpir todo el asunto con un beso? A Annie, por supuesto. ¿Por qué querría besar a Wolbachia? ¿Para ser su amigo? Yo no quiero ser su amigo. Quiero matarlo en abstracto, tengo la intención de aniquilar a ese personaje, pero la intención llega a la superficie de la actualidad disminuida, enredada con los tentáculos lingüísticos y acaso invertidas. Tal vez el deseo abstracto de darle un beso a Wolbachia sea una reacción a mi intención de aniquilarlo de todo registro de realidad, una forma extrañamente aceptable de habitar en mi deseo de exterminarlo.

Decidí desviar la conversación hacia algo menos lascivo. Sin saber muy bien qué decir, pero con la clara e hirviente intención de decir *algo*, me acerqué a ellos cuando Annie decía:

—¿Y te gusta ir de fiesta?

Y yo dije, más con rabia hacia Wolbachia que coquetería hacia Annie —Yo estoy armando una fiesta, Annie, el próximo fin de semana.

Annie me miró, un poco desconcertada por la intrusión. Luego, mirando a Wolbachia, siguió diciendo —¡Suena bien, John! ¿A quién has invitado?

—Es una secreción —dije, estupefacto ante mi lapsus

—¡Secreto! Es un secreto —corregí —, pero tú estás invitada, por supuesto.

—Muchas gracias, Johnsito, ¿hiciste evento en Facebook? Invítame para saber detalles. ¿David está invitado también, supongo?

David Wolbachia me miró, satisfecho de sí mismo. Por supuesto, al haber anunciado la invitación de una recién inventada fiesta secreta ante ambos, se asume que ambos estarían invitados. Entonces, para quedar bien con Annie, y no romper el velo de la cordialidad con Wolbachia, solté un quejumbroso:

—¡Claro! —Me volteé hacia Wolbachia y le dije, fingiendo cordialidad con dificultad y naturalidad al mismo tiempo —Te invitaré por Facebook —lo pude haber dejado así, tal vez ni siquiera invitarlo luego, pero no pude evitar seguir con

—, déjame agregarte, David, ¿cómo apareces?
¿David Wolbachia?

—Sí, Johnsito —respondió, mirando a Annie —, soy el único con ese nombre.

...

Regresé a mi escritorio temblando internamente del enojo. Creo que estaba sudando frío, no me sentía para nada bien. Le escribí a Ramsés contándole la situación, y le pedí que me ayudara a conseguir un DJ muy *cool*. Él me dijo que tenía a alguien perfecto y me relajé un poco. Ramsés también ofreció su casa, ya que su esposa estaría visitando a sus padres y les llevaría a los nietos.

Estuve pensando, mientras trabajaba, en cómo vengarme, o por lo menos reivindicar mi posición como principal pseudo-prendiente de Annie, así como mi calidad de hombre fuerte frente a Wolbachia, lo cual es, seré el primero en concederlo, un baile consuetudinario vetusto del cual preferiría no participar; un baile en el que necesariamente hay un ganador y un perdedor: uno que come más comida cazada y recolectada que otro, uno que procrea más y mejor que otro, uno que mata y otro que muere. Parece que yo siempre soy el que muere en el baile entre hombres, el baile de la testosterona, pero la realidad es más compleja y mucho más desalentadora: yo casi siempre gano; el asunto es que estamos bailando dos bailes diferentes, y los tipos como Wolbachia, o incluso como Ramsés (y en estos dos ejemplos se generaliza la mayor parte del género), no conocen, o peor, no son capaces de entender la naturaleza de mi baile que es, en el sentido de que muy pocos lo bailamos y no es reconocido por la gran mayoría de la gente, un no-baile, un baile inexistente, imaginario, en cuanto la verdad es un mera opinión compartida, y entre más personas la compartan, más verdadera/efectiva es.

Entonces decidí que la mejor reivindicación sería hacer una buena fiesta y ser un buen anfitrión en esa fiesta; descubrí desde joven que algo de alcohol te puede llevar muy lejos en ese tipo de entorno, así que decidí que tendría que estar ligeramente ebrio desde el comienzo de la noche e intentar permanecer más o menos en el mismo nivel de intoxicación durante el resto de la fiesta. Un acto de funambulismo del más alto nivel de exigencia, pero si algo puede impulsarme a lograr dicha hazaña es la meta ilusoria bipartita de matar a Wolbachia y comerme a Annie.

Bella como el olor
de la lluvia
Annie Petricor.
Cuerpo especioso
y mente espuria.

No te has tragado una
palabra en tu vida.
¿Para qué tragar fonemas,
si los planetas estaban
alineados el día que naciste?

¿Para qué decir cual-
quier cosa, si lo pue-
des decir todo dicen-
do nada?

¿Para qué decir cual-
quier cosa, si tus piernas son torres
de babel?

¿Para qué decir cual-
quier cosa, si ya sabes todo
lo que hay que saber?

Tu mirada es una aguja
un punto cardinal
un animal submarino desconocido
un volcán trémulo
un sustituto de leche materna
una serpiente con néctar en los colmillos
la cabeza de un novillo
Una guillotina para un
suicida. Un río que piedras
lleva. Un conflicto irresoluble.
Un beso inter-pandillas. Una piscina
inflable llena de líquido inflamable.

Llegará el fin del mundo y
estarás ahí, con tu ano
prodigioso y tus cejas tímidas y

despóticas.

Llegará el fin del mundo y
estarás ahí, comiendo una hambur-
guesa de McDonald's,
haciendo salivar al sistema solar.

Llegará el fin del mundo y
estarás ahí, con tus meñiques
gráciles y tus ideas
ausentes.

No tengo duda que serás mi muerte.

...

Esa noche casi no ~~muerdo~~ duermo de la rabia. Maldito Wolbachia y la suripanta divina que es Annie. Tenía la casa de Ramsés programada para todo el fin de semana, así que estaba dentro de las capacidades de lo establecido que la fiesta se saliera un poco de control. El DJ estaba reservado también para los 2½ días, así que si se acababa la fiesta, tendría un DJ personal para alegrarme el rato o por lo menos alguien con quien (forzosamente) hablar. Los DJs son figuras semi-místicas, es decir, son los encargados del espíritu de la fiesta; mucha energía se deposita en ellos, como que se abandona el egoísmo o se desplaza el narcisismo de cada persona hacia el DJ durante la fiesta; hay un abandono que es como religioso en naturaleza, lo que convierte al DJ en el cura o, para apelar a Ramsés, el pastor de los fiesteros.

Y yo sería un fiestero más, gracias al bálsamo empíreo para la ansiedad social que es el alcohol. Y me aseguré, llegado el viernes, día de la fiesta, de gastar una pequeña fortuna en whisky, más que todo, pero también vodka, ginebra, entre otras cosas, y bebidas para hacer cocteles y ese tipo de cosas que les gustan a las mujeres, como los juegos para tomar. No puedo evitar despreciar los adornos excesivos como los juegos de tomar o los cocteles: si voy a tomar, tomo. No necesito exornar algo que es perfecto en su concreción, en su persistencia tozuda ontológica, como una piedra. Eso es un buen trago. Y una buena borrachera es una desembarazada, y es que interpreto estos adornos como una especie de precaución al acto de tomar y estar borracho, que es percibido como profano, y

no en el sentido religioso, o sí, pero la persona no tiene que ser religiosa para considerar algo profano.

Ese es el tema con las mujeres: todo tienen que adornarlo. Son pura forma y escaso/nulo contenido. El habla siempre tiene esa inflexión que les pertenece, y si a un hombre se le ocurre hablar así, todos asumen que tiene alguna situación extraña con respecto a su sexualidad. Yo someto que el adorno no le pertenece a la mujer, pero se ha arrogado esa posición y ha vulgarizado y corrompido el adorno. Los hombres somos agudamente conscientes de esto, y nos causa una mezcla de horror y deseo. O tal vez esto es una sobre-intelectualización narcisista proveniente de la frustración romántico-sexual que experimento con la Petricor.

...

El viernes en el camino al trabajo escuché un *podcast* sobre la teoría contemporánea que actualiza la creencia de que la tierra es plana. Citan abundante evidencia a favor de la posición y se explayan en las innumerables implicaciones que el tema conlleva: una conspiración masiva para presentar la realidad de que la tierra es en realidad esférica, el montaje del alunizaje, la forma como funciona la gravedad y otras fuerzas de la física y más cosas. ¿Qué tiene que haber pasado mal en la vida de alguien para creer en semejante estupidez/locura? ¿Qué tipo de persona es capaz de negar la evidencia empírica, como viajar en avión y ver la curvatura del horizonte, y creer que la tierra es plana? Y más aún, ¿por qué gasto mi tiempo escuchando a esta gente? Yo me imagino que alguien podría sugerir que yo quisiera creer en esas cosas, tener un orden objetivo en el mundo, pensando en lo difícil que es aceptar el puro azar de la vida y la muerte, los accidentes, la falta de control, y es verdad: me gustaría (y esto es un deseo abstracto, en cuanto no espero realmente su realización) creer en conspiraciones que le darían un fin definido a mi vida, a saber: luchar en contra de la conspiración y ser portador/comunicador de la verdad. Pero es imposible: tendría que enloquecerme, de alguna manera. Tal vez si tuviera un aliado: si Annie prometiera amarme con tal de que yo creyera en alguna de esas ideas, yo juro que haría el esfuerzo. ¿Pero como se hace el esfuerzo de creer? Yo diría que haciendo todo lo que el creyente hace: ponerse gorros de papel aluminio,

tomarle fotos al cielo en busca de ovnis, investigar imágenes de cultura popular en busca de signos de sociedades secretas, etc. Si solo Annie fuera una de esas personas y me convenciera con sus artes amatorias de fugarme de mí mismo; entonces tal vez tendría la posibilidad de ser feliz en alguna medida.

A media mañana Ramsés se acercó a mi escritorio y me dijo, en voz baja:

—¿Escuchaste?

Me paralicé. Las noticias súbitas siempre me causan pánico. ¿Qué ha pasado tan rápidamente que merece la pena ser contado a deshoras? ¿Encontraron vivo a Elvis? ¿La tierra es plana? ¿Hay misiles balísticos enfilados hacia nuestra posición? Casi preferiría no saber. Respondí, fingiendo indiferencia:

—¿Qué hay de nuevo, viejo?

¿Qué hay de nuevo, viejo? ¿Qué, estamos en los noventas? Bugs Bunny no ha sido *cool* en años, por lo menos no para los de nuestra edad. Pero, ya que lo pienso, sería *cool* ser Bugs Bunny, y lo quiero decir en sentido literal: ser una caricatura sin existencia material concreta; pero en cierto sentido Bugs es más real que yo: por lo menos más gente lo conoce y lo ama, y repite sus *catchphrases* como descerebrados. Chévere existir sin existir.

—A Gómez, el jefe —prosiguió Ramsés —le leakearon unas fotos en las que sale sodomizando y siendo sodomizado por otro tipo. ¡Ese pecado es mortal, John!

—Ah, yo pensé que había pasado alguna catástrofe mundial, amigo. Eso me parece increíblemente divertido. ¿Dónde puedo ver las fotos?

—marioconmario.com. El chiste es que ambos sodomitas se parecen a Mario, el de la película Mario Bros. de los noventas: calvos, gordos, con bigote. Es extremadamente inquietante. No sé si la biblia dice algo acerca de eso, pero yo estoy seguro de que el pecado es mayor si se tiene —bajó la voz aún más —relaciones sexuales con alguien idéntico a uno mismo.

Ramsés se fue a su escritorio y yo me quedé mirando a mario metiéndosela con fuerza a otro mario, que gemía con notable placer/dolor. De verdad que eran inusualmente parecidos; idénticos, incluso. ¿Cómo se conocerían? ¿La atracción fue inmediata? ¿Amor a primera vista, como dicen? ¿Qué pasaría si yo conozco a alguien así de parecido a mí? ¿Qué haríamos? Sin duda tendríamos que hacer algo, por lo menos

suplantar mutuamente nuestras identidades por un día, o algo. Intercambiar parejas sin que ellas supieran. Pero si es verdaderamente como yo, no tendría novia. Tal vez sería más como yo que yo mismo y no querría tener novia. ¿Y cómo nos comunicaríamos si fuéramos iguales? ¿Hay algún orden de sucesos posible que lleve a que terminemos penetrándonos mutuamente o incluso matándonos uno al otro?

Cerré la ventana de marioconmario.com cuando escuché a alguien acercarse. Miré por encima de la división prefabricada de mi cubículo y vi que era Mario. Casi lo saludo con su nombre artístico. ¿Sabría del *leak*?

—Hola, Brocca —me saludó, acomodando sus codos sobre la división y mirando a los lados, visiblemente consternado/emocionado.

¿Sabría que yo sé? —Hola, jefe. A mediados de la próxima semana debería tener listos los informes.

—Sí, sí, los informes... ¡Brocca! —musitó sonoramente, mirando mi pecho, ¿o miraba mi identificación? —Usted es un buen empleado— contuvo un eructo —, creo que se merece la promoción al puesto que se libera pronto. Pero tiene que seguir rindiendo, Brocca... Hay que rendir en la vida, en el trabajo, Brocca. Así como hay que rendir la cocaína para que sea negocio, ¿verdad?

—Eh... —empecé a responder, intentando encontrar qué decir.

—Tú no sabes nada de eso, Brocca, por supuesto —inhalo con fuerza —. Siga rindiendo para que le rinda, Brocca.

Mario/Gómez se fue de mi cubículo, casi perdiendo el balance al retirar los brazos de la división, y estuve por un momento en absoluto desconcierto. ¿Cómo me afecta esto? ¿Estaba borracho? ¿Qué fue eso de la cocaína? ¿Estaba consumiendo cocaína? Bueno, por lo menos dijo que me merezco la promoción. Tengo que asegurarme de que siga pensando de esa manera. ¿O tal vez está cortejándome? ¿Querrá incluirme en su asunto con el otro Mario? ¿Si eso significara acceder al puesto, qué respondería? Y luego pensé lo verdaderamente loco: ¿Y si ese era el otro Mario? Tal vez por eso me miró la identificación. No, eso es muy inverosímil. Tal vez todo el asunto de marioconmario.com es photoshopeado; aunque si así es, es un trabajo magistral.

A la hora del almuerzo me encontré, como casi siempre, con Ramsés, y fuimos al mismo restaurante de casi siempre:

La Otra Ostra. Antes se llamaba Nuestra Ostra y le pertenecía a una pareja casada. Hace casi un año se separaron y la mujer quedó con este local, y lo renombró apropiadamente, ya que el esposo, con la plata que le quedó, que fue mucho más que la que le quedó a ella, según un acuerdo premarital, compró un local enorme en el centro y abrió un ahora muy exitoso restaurante al que llamó, al inaugurarlo, La Otrora Nuestra Ostra, supongo que en un arrebato de nostalgia y/o triunfalismo al aseverar que su restaurante es más grande, mejor, probablemente más exitoso, etc. En todo caso, parece que se le pasó ese impulso vengativo/reminiscente y lo renombró con el apocopado La Otrora Ostra, y mandó a decorar el sitio con pinturas de *stills* de películas de la era dorada de Hollywood en las que los personajes han sido reemplazados por ostras. A veces voy allá los fines de semana.

Durante el almuerzo: ostras, Ramsés siguió hablando de lo extremadamente pecaminoso que es Mario Bros. y lo caliente y abrasador que va a estar el lugar en el infierno especialmente reservado para semejante crimen. Luego empezó a decir algo como:

—Que te sirva de ejemplo, John...

Vi que estaba a punto de empezar a invitarme a la iglesia o a que dejara entrar a Jesús en mi corazón y respondí, ahorrándonos a ambos el enredo tentacular-lingüístico, con un asomo de expresión de tedio, llevándome las manos a las sienes como parte de un movimiento corporal más elaborado y semióticamente ambiguo, y él, como había empezado a hacerlo, captó el mensaje, tal vez de manera inconsciente, e interrumpió su incipiente perorata con una cucharada de ostras. Ya era muy raro que tratara de convencerme de los méritos y verdades de su religión, pero cuando recién se había convertido no se callaba. Un día me dijo que lo acompañara a su iglesia con la condición de que si iba y no sentía nada, no volvería a mencionarlo. Accedí, más que todo por ir a observar a gente regodeándose de una manera social y tributariamente aceptada en su estupidez, ignorancia y cobardía, y también, claro, con la esperanza divina de que Ramsés no me intentara convertir más, y un poco, lo confieso con enorme vergüenza, con la recóndita ilusión de que fuera verdad todo el cuento y que al estar en la iglesia sintiera una luz de los cielos devorarme desde el pecho como una explosión de azúcar y conociera el rostro de Dios. Fuimos, y lo que sentí fue temor animal al

ver a tanta gente tan involucrada, tan identificada, alzando las manos sobre sus cabezas y agitándose tan violentamente que caían al piso como en un grand mal. Había música, luces y humo como en un concierto, y pensé que todo eso es muy emocionante y que, si uno piensa en las *beliebers*, por ejemplo, no hay duda que lo que sienten al ver a su dios es acaso más poderoso que lo que sentían los feligreses al desplomarse temblando en el piso y hablando en lenguas.

Para taponar el silencio por donde podía filtrarse nuestra cordialidad, mencioné lo de la fiesta que empezaría esa noche y que serviría, esperaba, para impresionar a Annie e interrumpir los avances de Wolbachia. Ramsés mencionó a su vez, como si fuera un dato indiferente, que había invitado a tres amigos de la iglesia. No dije nada, pero me preocupó ligeramente el asunto, por temor a que se dañara el ambiente de la fiesta a causa de sus miradas enjuiciadoras.

...

Hacía unos meses no iba a la casa de Ramsés. Al entrar no pude evitar notar la extraordinaria cantidad de cruces por todos lados. Hasta los espejos eran cruces. Hasta la alfombra de la sala era en forma de cruz. El *mousepad* del computador del cuarto tenía una cruz. Los jabones de los baños eran cruces, y tenían, rematando la pared principal de la sala, un retrato gigantesco de la familia en forma de cruz.

Faltaba un rato para la fiesta y decidí prepararme: abrí una botella de ~~Mickey~~ whisky y me serví un vaso. ¿Qué carajo tienen que ver el whisky y Mickey mouse? Recuerdo cuando mis padres me llevaron a Disney World; yo tenía unos nueve años y empezaba a dudar de la existencia material de Mickey, Donald, etc. Uno de los días que recorrimos el parque, mi papá se tomó varias cervezas, empezando desde la mañana. A las cuatro de la tarde estaba vergonzosamente borracho, y se quiso tomar una foto con Mickey Mouse. Al posar para la foto no paraba de agarrar el pene hipotético de Mickey y de reírse. Algún turista, a quien mi papá le había pedido el favor de tomar la foto, intentaba hacerlo, disparando varias veces, pero mi papá le repetía: “Otra más”, “Una en la que le doy por detrás”, etc. Mi mamá estaba muerta de la vergüenza pero no se fue, sino que se retiró un poco para no ser asociada con el acosador. Alguien debió llamar a seguridad, porque en poco

tiempo llegaron unos tipos enormes y se llevaron forzosa-
mente a mi papá, no sin que él se agarrara como una pinza
de la cabeza del ratón, tras lo cual los guardias forcejearon
más duro y por último lograron quitárselo de encima, pero
no sin que Mickey perdiera la cabeza: quedó descubierta la
cara desprovista de un adolescente gordo, de gafas y con pro-
fuso acné, quien no dijo más que un tímido: “H-Hey kids”. Es
completamente factible decir que ese día se acabó mi niñez.
Y no puedo evitar recordar ahora un sueño que tuve hace
unos días en el que, entre otras cosas, le quité los calzones a
una chica sin rostro y lo que encontré, en lugar de la vagina,
fue un par de labios con labial rojo, lo cual me pareció lindo,
pero cuando los labios se separaron para formar una sonrisa
coqueta se revelaron unos dientes maltrechos y malolientes,
lo cual me hizo despertar, sudoroso, en la mitad de la noche.

...

Sonó el timbre, anunciando al primer invitado. Me paré del sillón
de la sala, dejando mi vaso de whisky sobre la mesa, para ir a
abrir la puerta, y me sentí ligeramente mareado y alborozado.
Pensé que quería un cigarrillo, más por el look que por fumar.

Abrí la puerta y era Mario/Gómez. No recordaba haberlo
invitado. Yo había intencionalmente invitado a unas veinte per-
sonas, lo suficiente para ser el alma de la fiesta o por lo menos
una parte constitutiva de ella.

—Brocca, Brocca... —dijo, agarrándome del brazo con
intensidad ligeramente excesiva —Me enteré que estaba organi-
zando una fiesta y como me cae tan bien y es tan buen empleado,
decidí hacerle el favor de venir. — Miró sobre mi hombro al
interior de la casa, diciendo. — Como que soy el primero en
llegar. No sabía la hora exacta, entonces vine temprano. Me
gusta empezar temprano.

—Pase, jefe —le dije, indicando el camino con mi brazo
extendido. Tal vez esto podía ser bueno, pensé. Puedo aprove-
char que súbita y aparentemente le caigo bien y soy ‘un buen
empleado’ para asegurarme de obtener la promoción. Además,
puede impresionar a todos mi cercanía con el jefe, y acostum-
brarlos a ser mis subalternos para cuando obtenga el puesto.
Entró, pasando muy cerca de mí; tenía un intenso aliento a
alcohol. Se sentó en la sala. No pareció notar los crucifijos,
lo cual me hizo pensar que tal vez no eran tan notorios.

Mientras hablábamos de cosas del trabajo, no pude evitar preguntarme si Mario tenía una máscara puesta. Es decir, no parecía que tuviera tal cosa, no había evidencia factual para apoyar la idea, pero no podía parar de mirarlo y preguntarme si le podía arrancar la máscara, revelando... no sé qué, pero revelando algo. Tal vez revelando el vacío que todos llevamos dentro, como una fuga del ser, una ausencia que amenaza con consumirlo todo. Los animales no tienen este vacío; son completos, en cierto sentido. Obedecen a sus instintos y al entorno, y son de alguna manera transparentes. Su capacidad para la mentira es limitada o nula. Y pienso en los simios, que están en un punto medio entre los humanos y el resto de los animales, y ellos como que tienen un ligerísimo vacío, muy pequeño, pero ahí está.

El vacío es lo que nos hace humanos, en un sentido muy fundamental. Lo mismo que nos libera de la condición de animales nos lisa. El vacío otorga la carga de la libertad. La libertad deposita en su portador una responsabilidad infinita, y nadie puede jamás cumplir con la exigencia implícita. Somos esclavos de la libertad; siempre está con nosotros. El vacío también deposita en el ser la posibilidad del lenguaje: la expresión es un terreno de posibilidades virtualmente ilimitadas y por lo tanto moviliza al vacío, lo pone en práctica. La posibilidad de expresarse pone al humano frente a frente con su propia insuficiencia: nada nunca puede decir lo que quiere decir, y callar es siempre imposible.

De ahí que la gente intente rellenar el vacío, lo cual es de antemano imposible. Y lo rellenan con historias; sucesiones de eventos con subtexto, un orden o lógica del desarrollo.

Ramsés bajó de su cuarto, vestido con elegancia ligeramente excesiva y portando un perfume que pude oler desde la sala. Saludó al jefe con una cordialidad formal también un poco excesiva; me pareció que también estaba ligeramente mareado y alborozado: tal vez venía de un episodio de oración especialmente intenso.

Pasados unos minutos llegó el DJ. Me causó buena impresión, puesto que al hablar con él me producía la sensación de estar hablando con alguien que consume drogas regularmente, y esto, todos saben, es ideal en un DJ. Se fue a instalar sus equipos al lado del bar.

No pasó mucho tiempo antes de que sonara el timbre de nuevo. Ramsés abrió y entraron tres hombres vestidos muy

parecido a Ramsés y con expresiones de ira soterrada. Cada uno anunciaba olfativamente su presencia desde metros con olores demasiado agradables, y al saludar eran también demasiado agradables.

Siguió llegando gente y yo seguí rellenando mi vaso. Empezó la música: yo no sé de techno, pero sonaba bien y la gente parecía estar pasándola bien. Había un poco más de gente de la que esperaba, pero me sentía muy bien y no me preocupé.

Casi a la media noche llegó Annie. Al abrirle la puerta, tras reconocer su dulce presencia por la mirilla, la saludé con efusión ligeramente excesiva y me incliné abriendo los brazos para abrazarla. Ella aceptó el abrazo y me abrazó en turno, vocalizando mi nombre en diminutivo. Sentí una incipiente tumescencia, lo cual usualmente me causa vergüenza excesiva, pero estaba borracho y no me importó. Sostuve el abrazo por un tiempo ligeramente excesivo y Annie ya había retirado sus brazos de mi espalda, pero yo no paré hasta que ella, desde los adentros de mi abrazo, me dijo al oído, un poco sofocada:

—Johnsito, ¿me regalas un trago?

Caí súbitamente en cuenta de lo inapropiado de mi ~~com-~~partimiento comportamiento y la liberé, mostrándole en seguida el camino al bar. Me da un temor excesivo compararme. Supongo que, y está es la interpretación más pedestre, me da miedo que si alguien me llega a conocer íntimamente termine por detestarme. Cada uno tiene varios, o muchos compartimientos que juntos constituyen su ser. Por lo menos uno de ellos está radicalmente vacío, irremediablemente desprovisto de contenido. Ese compartimiento nulo parece llenarse constantemente con historias de posible amor, riquezas, promociones en el trabajo, etc., y hay veces que se llena, a pesar del portador, con calamidades personales. Alguna vez, hace años, tuve un sueño que me perturbó durante días; en el sueño tenía una especie de monstruo dormitando en mi pierna derecha. Un médico lo logró vislumbrar con una luz muy poderosa que transparentaba la piel y el monstruo se sacudió violentamente, causándome un dolor intenso y una sensación de desesperanza sin fin. Por otro lado, es claro para mí que compartimentalizo mis emociones y pensamientos, causando que tenga plena consciencia de la insubstancialidad de algo, como el trabajo o las relaciones amorosas, y aun así las persiga con furor.

La vagina de Annie Petricor, ese compartimiento que, aunque nunca visto por estos ojos, más que alguna que otra vez que traía ropa muy ajustada y se entrevió la forma exterior, con toda seguridad guarda mi vacío personal. Lo puedo oler a través del mundo; esa vagina, con o sin pelos, con o sin infección urinaria, tiene las escrituras de mi corazón. Y digo esto que, aunque suena a balada, esconde una verdad fundamental: solo voy a saber quién soy después de haber penetrado repetida y enérgicamente esa cavidad carnosa y lubricada. O la cavidad anterior; seguro que ahí también me espera un vacío delectable y terrible. O el compartimiento oral, con la amenaza de mordida que siempre está presente y proviene del dato bruto y fundamental de que uno nunca sabe qué piensa otra persona. Los vacíos de esa mujer son mi destino.

A pesar de mi insistencia en que se tomara algo fuerte, Annie optó por pedirme una cerveza. La tomé del codo, cosa que nunca había hecho, y la conduje hasta la nevera, preguntándole: ¿Cómo has estado? ¿Qué tal el trabajo? Y banalidades promisorias de esas; la promesa implícita es que, según dicta la razón, hay una combinación y un orden de preguntas y respuestas que pueden llevar a responder la pregunta más acuciante, a saber: ¿A qué huele la entrepierna de Annie? Y el corolario: ¿A qué sabe su boca?

Tras tomar la cerveza y responder mis preguntas y preguntar para que yo respondiera, Annie sacó de su bolso una caja de cigarrillos:

—¿Aquí se puede fumar? —preguntó con el cigarrillo en la boca y el encendedor en la mano.

—Claro —respondí, o respondió el whisky por mí. No lo habíamos discutido, pero era seguro suponer que Ramsés encontraría problema con el humo de cigarrillo dentro de la casa. Creo que uno de sus hijos es asmático. Ella lo prendió y me ofreció uno. Yo acepté como un drogadicto acepta al cristianismo. Ella me lo prendió y nuestros dedos se tocaron leve y placenteramente: fue sublime, hasta que inhalé directo hasta los pulmones y le tosé en la cara a la chica que me tose en el alma.

—¿Nunca habías fumado? —preguntó con alguna picardía.

—Claro, pero hace mucho no —yo nunca había probado el cigarrillo. Es ampliamente sabido que es pésimo para la salud y muy seguramente precipitará una muerte horrible; pero morir solo y miserable puede ser una muerte peor.

—Si no te gusta mejor no fumes —dijo ella, brindando una salida formal a mi situación.

—Sí, mejor no retomo el viejo vicio. Es ampliamente sabido que es pésimo para la salud y muy seguramente precipitará una muerte horrible —dije, dándome cuenta que quizá no fue la mejor respuesta.

Ella se mostró acibarada y apagó el cigarrillo por la mitad. Tomó un sorbo de su cerveza y se enfiló para la multitud, pero no la dejó partir de nuestro pequeño nicho de amistad laboral y humo de tabaco: la tomé de nuevo por el codo, esta vez un poco más habituado al inusitado gesto, y ella se volteó, con expresión aburrida y quizá expectante.

Yo sabía, borracho y con una inhalada de humo de tabaco, que era el momento para decirle algo de alguna sustancia y visiblemente conducente a un amorío o por lo menos un beso desorientado que luego se arrepiente, pero no me salió nada: sentí una expresión neutra apoderarse de mi rostro y un ligero malestar se aposentó en mi estómago, y creí que iba a vomitar, así que dije:

—Tengo que vomitar.

—¿De verdad? —dijo, preocupada (¿o incrédula? (¿o displicente?)) —Vamos al baño.

Fuimos al baño de la sala, a unos pasos del bar, y entramos los dos, cerrando la puerta.

—Vomita el alma, Johnsito —propuso en tono juguetón. ¿Si vomito el alma no me muero? Pensé.

—Si vomito el al... —empecé a decir, pero me interrumpí al vomitar súbitamente con intensidad inusitada en el inodoro, con cuidado de depositar todo el contenido adentro y especialmente de no salpicar a Annie, quien no expresó disgusto, lo cual tomé como aceptación. Terminé y me lavé los dientes con un cepillo de dientes de niños que estaba sobre el lavamanos.

—Que siga la fiesta —proclamé, victorioso.

Annie a su vez proclamó con languidez —Johnsito, voy a hacer una llamada y nos vemos en un rato, ¿ok? Bye!

No supe qué otra cosa hacer que servirme otro whisky.

...

Tras navegar la fiesta e intercambiar preguntas y respuestas con varios grupos, incluso con alguna gente que no conocía, me sentí como una parte constitutiva de la fiesta. Por

un momento me olvidé de Annie, perdido entre tentáculos lingüísticos comunes pero placenteros.

Hablé con un tipo que aseguraba que el gobierno tiene un portal interdimensional que lleva, bueno, a otra dimensión, y es de allá de donde ha salido la mayor parte de la tecnología desde el fin de la segunda guerra mundial: computadores, internet, capacidad para ir al espacio, celulares. Dijo que el portal lo inventaron/descubrieron los nazis. Yo me limité a escuchar con alguna atención y a preguntarme quién habría invitado a este lunático, quien no llevaba vestimenta apropiada para la fiesta: parecía que hubiera llegado a este mundo por un portal interdimensional, de una dimensión en la que todo es un sótano de las mamás de todos. Sobre el hombro del tipo, afuera en la terraza, vi a Annie, y decidí intentar de nuevo.

Me acerqué por detrás y la agarré por el codo, maniobra que ya había dominado, y ella se volteó, con expresión plácida, mientras fumaba un cigarrillo.

—¿Cómo vas, Annie?

—Bien. Un poco ebria. Bien... eh, te quería preguntar, Johnsito, ¿la decoración la hiciste tú? Está muy... vanguardista, suponiendo que es una burla a la cruz ¿me equivoco?

Pausé, contemplando las implicaciones —¡Sí! —contesté, aprovechando la oportunidad de hacer una buena impresión —Es una reflexión sobre el símbolo de la cruz y el poder que tiene, incluso para los no creyentes, como tú o yo. Intenté agotar la sustancia semiótica de lo que es, esencialmente, dos palitos cruzados, e intentar presentar a los asistentes con la realidad absurdamente prosaica de creer.

Ella me miró con una mezcla de asombro y extrañamiento, tras lo cual dejó salir una carcajada que inmediatamente percibí como excesiva. Sentí que se burlaba de mí en sentido absoluto, que se burlaba de todo lo que tiene que ver conmigo, que enfatizaba cada falta que jamás he cometido y descreía de la legitimidad de mis virtudes. Y dijo:

—Conocí a tu amigo Ramsés, el dueño de la casa. Sí me parecía que lo había visto en algún lado; no lo recordaba de la empresa.

Me sentí excesivamente vulnerable, pero súbitamente comprendí que podía aprovechar la situación, como hacen algunos mentirosos elocuentes, y decir algo como: “¡Claro, era un chiste!”. Y dije:

—Cl-Claro —ella me interrumpió gritando durísimo hacia la puerta de entrada —¡David! —Y empezó a irse mientras decía —Llegó David, vamos a saludar.

Intenté tomarla por el codo mientras me volteaba pero ella no se dio cuenta. Miré hacia la entrada de la casa y ahí estaba el sumo imbécil, Wolbachia. Decidí que iba a saludar y mostrar dominio en la casa de mi amigo. Tropecé en la alfombra en forma de cruz pero no me caí, aunque sí tumbé un par de botellas de cerveza que estaban en el piso. Decidí no parar a limpiar y enfilé hacia la entrada, donde estaba Annie saludando a Wolbachia, quien había llegado con una mujer excesivamente atractiva, como una modelo o algo. Me produjo un poco de temor hablar con una portadora de tan exquisita belleza, pero no tenía opción: mis intenciones de ir a saludar eran claras: ya no podía cambiar curso o inventar alguna excusa: parecería débil. Me acerqué y me gustó la manera como estábamos parados: Wolbachia y su pareja de un lado y Annie y yo en frente, siendo la implicación que somos dos parejas hablando entre ellas.

—¡Ah! Brocca. Gracias por invitarme. Lamento llegar tan tarde pero estaba ocupado en otros asuntos —intercambió una mirada cómplice con su pareja —. Esta es Nicky.

Me limité a un breve —Hola. Bienvenidos —. No sabía si mirar o no mirar a Nicky, quien, con su nombre de supermodelo y sus clavículas finas, me interpelaba constantemente solo por existir y estar cerca de mí. Seguía feliz de estar al lado de Annie, pero no podía evitar sentirme desconcertado por la carga semiótica de Nicky. O, para ser más precisos, no de Nicky, la persona empírica con mierda en los intestinos y muy seguramente en la cabeza, sino la belleza a la que accede, y por esto quiero decir que al reunir unas características físicas y comportamentales más o menos específicas, Nicky accede a un terreno especial, a un campo que es más grande que ella y que, sin embargo, ella condensa: la belleza, esa especie de transparencia equívoca, ese canto sin voz que hace temblar al mundo.

Los conduje hasta el bar, cruzando por lo que se había convertido en una multitud ligeramente excesiva. ¿De dónde salió toda esta gente? Entonces revisé mis notificaciones de Facebook en el celular y descubrí que había hecho el evento público, de manera que los amigos de los invitados pudieron

autoinvitarse, y a su vez sus amigos, etc. Me agarré la nuca y exhalé.

Al bar llegó Ramsés con sus amigos ostensiblemente cristianos y sus expresiones de rabia soterrada, y dijo:

—John, felicitaciones por la fiesta. Parece que es un éxito.

—Ramy, mi amigo, —nunca le había dicho así —gracias por todo.

—Yo también hice mis juergas de despedida con alcohol y damas de la calle —prosiguió Ramy —antes de rendirme ante el señor.

Sentí unas ganas tremendas de esgrimir mi ateísmo como una katana del tipo que suena de esa manera particular debido a su gran filo, pero me contuve, especialmente por estar en compañía de gente a la que quería impresionar, y además el pequeño séquito Ramsesiano me intimidó, aunque racionalmente sabía que la posibilidad de agresión física era mínima.

Nicky se excusó para ir al baño, llevándose su vaso de vodka.

—¿Es tu novia? —le preguntó Annie a Wolbachia.

—Algo así —respondió, y yo tomé nota: una respuesta perfectamente *cool* y que no compromete a nada. Brillante. Lo detesto.

Regresó la novia o algo así de Wolbachia con el vaso casi vacío. Sin decirme nada, tomó la botella y llenó su vaso de nuevo, y me habló:

—Muy linda tu casa, John. ¿Es John, no? Me gusta mucho la energía del lugar. Apenas entré sentí que hoy tenía que estar aquí. Yo tenía un sentimiento cuando David me invitó, un sentimiento que le decía a mi cerebro que hoy iba a recibir un mensaje del universo, y apenas entré por esa puerta me sentí en el lugar en que el universo quiere que yo esté.

No pude decirle que no era mi casa. Tenía su vacío constitucional tan lleno de fatuidades insignificantes que me pareció un acto de crueldad tratarla como persona racional. Además parecía genuinamente emocionada de haber venido y tenía una sonrisa entrañable. Se tomó la mitad del presente vaso de vodka y prendió un cigarrillo. Ya no me sentí tan violentamente interpelado tras descubrir que, aunque excesivamente hermosa, Nicky era portadora de una mente menos que portentosa, por decirlo de alguna manera. Entonces se me ocurrió algo sin precedentes: conversaría con Nicky, siendo muy amable y reforzando sus ideas, y tal vez tomándola por el

codo. Eso tal vez me haría ver como un galán frente a Annie.

Nicky anunció que quería salir a tomar aire a la terraza y yo me ofrecí a llevarla, tomándola por el codo. Salimos y cerramos la puerta corrediza de vidrio. Inmediatamente Nicky dijo que tenía que ir al baño. Fue y volvió, tan efervescente como antes. Aunque carecía de sustancia cognoscitiva, era placentero hablar con ella.

—¿Y qué signo eres, Nicky? —dije con naturalidad y confianza, a lo que ella respondió con un discurso medio enrevesado e inconexo sobre estrellas, mitología amazónica y cristales, a lo que yo respondí con una sonrisa continua y ocasionales ademanes de aquiescencia, todo mientras miraba furtivamente en la dirección de Annie y Wolbachia, quienes seguían junto al bar, hablando solos.

De pronto Annie le tiró el trago en la cara a su interlocutor, quien la tomó por el brazo con alguna violencia, ante lo cual yo inmediatamente empecé a caminar en su dirección. Antes de que yo llegara Wolbachia la soltó y se alisó el pelo, diciendo, cuando yo estuve lo suficientemente cerca para escuchar:

—No sabes lo que quieres, Ana Petricor. Necesitas a un hombre de verdad.

Yo le disparé una mirada vitriólica al semblante húmedo de Wolbachia y me fui tras Annie quien subió las escaleras hacia las habitaciones.

...

—¿Estás bien, Annie? —le pregunté al encontrarla sentada, ofuscada, sobre la cama de Ramsés y su esposa.

—Sí, Johnsito —suspiró —, la gente a veces no es lo que uno espera.

El cuarto estaba apenas iluminado por la luz que entraba a través del resquicio. Era una escena bella y melancólica, como de una película mala y pretenciosa pero con buena iluminación. Me senté a su lado; la cama era muy blanda. Yo dije alguna perogrullada sobresimplificando la complejidad de la experiencia humana. Ella dijo algo sobre su padre.

De repente nos estábamos besando. Su boca sabía a cigarrillo y no me importó. Me gustó el gusto a cigarrillo, como que enfatizaba algo de la experiencia; tal vez la imperfección perfecta del amor, o la bruta realidad de la situación. Tal vez solo me gustó porque ese sabor le pertenecía a ella.

Nos acariciamos y nos miramos a los ojos con detenimiento en la semipenumbra. Nos quitamos la ropa y nos tocamos. Busqué un condón en la mesa de noche y, al no encontrarlo, indiqué con mi cuerpo mi intención de penetrarla sin mediación, y ella asintió abriendo las piernas.

—Solo no te vengas adentro —gimió mientras me introducía suavemente en ella.

¿Para qué decir cualquier cosa, si lo puedes decir todo diciendo nada?

¿Para qué decir cualquier cosa, si tus piernas son torres de babel?

¿Para qué decir cualquier cosa, si ya sabes todo lo que hay que saber?

Tu mirada es una aguja
un punto cardinal
un animal submarino desconocido
un volcán trémulo
un sustituto de leche materna
una serpiente con néctar en los colmillos
la cabeza de un novillo

Estaba penetrando a Annie Petricor. Era fantástico. De un momento a otro fui agudamente consciente de la materialidad vulgar y grotesca del sexo. No pude evitar imaginarme que, debajo de la piel que motivaba mi deseo, se escondía una masa heterogénea de músculo, sangre, tendones, órganos, bolo alimenticio/fecal, y todo tipo de materiales orgánicos malolientes y asquerosos. Fue una ligera decepción. Supongo que esperaba una experiencia fundamentalmente transformadora, un poco como la muestran las películas: el amor de una buena mujer puede hacer mejor a un hombre, y ese tipo de ideas. Me encontré con que, aunque sin duda era placentero, no me completaba. Ahí seguía, de fondo al incesante

entrar y salir de mi pene, el acuciante vacío que impulsa a hacer algo: nunca nada es suficiente. De pronto la heroína. He escuchado que es ridículamente placentera. ¿Por qué de repente estaba pensando en heroína mientras penetraba a la mujer de mis sueños?

La agarré por el ~~velo~~ pelo, intentando concentrarme. Es cierto que el pelo de la mujer es uno de sus atributos más seductores. También es cierto que el pelo necesita muchos productos y cuidado para ser ese atributo seductor: bátese ver una mujer que no se cuida el pelo para comprobarlo: parecerá descarnadamente prosaico. Aún así nos sorprende-mos ante la falta de genuinidad de un pelo colorado, como si el pelo no colorado fuera genuino, ignorando el hecho de la tecnología química que posibilita esa genuinidad, que por lo tanto no es ni genuina ni no genuina: el concepto no es útil aquí. Por eso yo diría que el pelo y, por extensión metonímica la belleza, es un velo, una máscara delgadita que sin embargo moviliza de manera profunda al humano. La belleza es un engaño, en un sentido muy fundamental: no revela nada, más que su condición de belleza.

Mientras lamía y chupaba con delicadeza sus pezones, me pregunté si saldría leche al succionar vigorosamente de ellos, y supuse que, como dicen, sabría horrible. Ella gemía con delicadeza, lo cual me recordó, lamentablemente, a la expresión interjectiva de desapruebo que mi madre tan frecuentemente descargaba sobre mí, lo que a su vez me hizo recordar la manera como tomaba cosas de mi cuarto: libros, CDs o el control remoto del televisor, y los cambiaba de lugar o los movía a otra habitación. Me tomó años de adultez para darme cuenta de que en realidad era eso lo que hacía, y no que yo mismo cambiaba las cosas de lugar sin darme cuenta, como un lunático desorientado.

Sentí que iba a venirme y lo expresé verbalmente. Ella se llevó mi pene palpitante a su boca y me vine intensamente. Ella deglutió mi semen como leche materna.

No me di cuenta en qué momento nos ~~morimos~~ dormimos.

∴

Hay un abismo dentro de todos, hay un abismo dentro de todo.
Hay un sismo en el abismo, hay un sismo en sí mismo.
Hay un sí mismo que es un sismo, hay un sismo espejismo.

¿Se mueve el mundo o se mueve la mente?
¿Encontraste tus palabras, letraherido?
Eres un forajido del sentido: te busca vivo o muerto.
Tienes suerte de que exista el paso
en falso. ¿De lo contrario cómo
te esquivarías a ti mismo?
¿De lo contrario cómo te
encontrarías a ti mismo?
¿De lo contrario cómo te
aniquilarías?

¿Se mueve el mundo o se mueve la mente?

La mente es un puente que se cae de repente.
De pronto piensas, ¿de qué están hechos los accidentes?
De pronto causas más de lo que piensas.
Las pautas de los protocolos de comunicación se inventan con cada iteración.

Nunca estás solo mientras habite
en la cúspide de tu lengua rosa
un fonema planetario, una estrategia inflacionaria para el alma.

El alma es un sonido con sentido. El alma es un sonido consentido.

¿Se mueve el mundo?

¿De dónde salió la institución
de las instituciones? ¿Para qué
sirve que las cosas sirvan? ¿Qué
es un silencio, si no un himno?

Te has tragado tantas palabras
que ya no te das cuenta cuando una baja por tu garganta.
Te has tragado tantas palabras
que vomitas mientras hablas.
Te has tragado tantas palabras
que tienes un retruécano alojado en el estómago.

¿Se mueve la mente?

¿Qué es el amor, si no un pa-
so en falso? ¿Qué es la belle-
za, si no una cuña para la fuga
del ser? ¿Qué es la verdad, si
no un paracaídas?

Algún día terminarás por des-
truirte. Algún día te encontrarás
a ti mismo en el fondo del abismo.
Algún día vivirás el sismo del
sí mismo.

...

Me despertaron la intensa luz del mediodía y una resaca de inusual potencia. Annie no estaba al lado mío. Pensé en llamarla, pero recordé que no tenía su número. Miré Facebook, pero no estaba conectada. Afuera retumbaba el bajo de la música: seguía la fiesta. Miré de nuevo mi teléfono y vi que tenía un mensaje de Ramsés diciendo que se había ido a dormir a un hotel, que buena suerte con la fiesta; indudablemente estaba irritado con la usurpación de su hogar lleno de crucifijos y buenas intenciones para ser el escenario de una fiesta de inusual potencia. Bajé las escaleras con pasos endebles y retinas mustias y, al ver la situación presente de la fiesta, me impresioné de buena y mala manera al mismo tiempo: el DJ reproducía la misma música de la noche anterior (era seguro suponer que no había parado) pero ahora sostenía un micrófono como si fuera la antorcha olímpica, y depositaba en él versos bíblicos salpicados con metáforas contemporáneas y comentarios personales. En la sala había unos cinco o seis tipos de pintas variopintas que denotaban estratos y condiciones ideológicas variadas, pero todos estaban cautivados por la perorata placativa del DJ, mientras se turnaban un pequeño espejo-cruz del que aspiraban nasalmente, por medio de un billete enrollado, un polvo blanco: ostensiblemente cocaína. Por otro lado, como contrapunto objetivamente placativo del despliegue de degeneración narcótica y divina, todo estaba muy limpio y organizado; mejor que cuando subí la noche anterior.

No tuve que pensar mucho para decidir dar fin a la congregación: solo tuve que obedecer a la punzada en la cabeza que, con cada golpe del bajo, me azuzaba hacia cualquier acción que placara dicha punzada. Caminé hasta el DJ, viendo que todo estaba verdaderamente impecable —¿Enceraron el piso? —pensé. Algunos de los tipos barrían o limpiaban con trapos las varias cruces de adorno entre esnifadas y alabanzas. Le pedí el micrófono con un ademán que decía: voy a decir algo en consonancia con tu enfoque general hacia la vida, pero también yo te estoy pagando así que dame el micrófono. Me lo dio y anuncié, con voz pedregosa:

—Los vecinos llamaron a la policía, amigos. Vámonos todos antes de que lleguen. Se acabó esto.

Con el gesto general guillotinezco para acabar cualquier cosa le anuncié al DJ el fin de la música, lo cual acaeció inmediatamente.

Le escribí a Ramsés actualizándolo y agradeciendo nuevamente, seguro de que le gustaría la pulcritud en la que había quedado su hogar, y no hubo necesidad de mencionar que la limpió un grupo de cocainómanos motivados por el poder de la cruz.

Cuando todos se fueron y hubo calma de nuevo, recordé la noche anterior con Annie. Parecía que hubiera sido un sueño. No pensé que estaba dentro de lo posible lo que pasó. Es decir, es lo que quería, aunque quiero más, quiero el amor redentor de una buena mujer y, aunque entonces parecía posible, ya no sé si Annie sea esa buena mujer, aunque tomaré todas las revolcadas en la cama que esté dispuesta a otorgarme.